

LA ISLA DEL TESORO

ROBERT L. STEVENSON



 Cantaro

LA ISLA DEL TESORO

ROBERT LOUIS STEVENSON



Colección del
MIRADOR

Gerente de ediciones: Daniel Arroyo

Correctora: Amelia Rossi

Traductora: Evelia Romano

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Coordinadora de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes y documentación: Máximo Giménez, Tania Meyer, Pamela Donnadio

Imágenes de tapa e ilustraciones: Esteban Tolj

Imágenes Cuarto de herramientas: Latinstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por el profesor José Fraguas

Stevenson, Robert Louis

La isla del tesoro. - 1a ed. 4a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015.
304 p.; 19 x 14 cm (del Mirador)

Traducido por Evelia Romano

ISBN 978-950-753-232-0

1. Narrativa Inglesa . 2. Novela. I. Romano, Evelia, trad. II. Título
CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2008

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-753-232-0

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.



PUERTAS
de ACCESO

Todos los piratas tienen...

Si nos pidieran que dibujáramos un pirata, seguramente lo representaríamos con una pata de palo, un garfio en lugar de una mano o un parche negro sobre un ojo. Es probable que muchos de los piratas que acecharon las rutas marítimas hayan llevado realmente esas marcas, recuerdo visible de los terribles combates en los que participaron. Pero esas cicatrices no los avergonzaban, eran como una medalla que demostraba su ferocidad y coraje.

También solían tener otro tipo de marcas en el cuerpo, las inscripciones que ellos mismos se tatuaban. Se sabe que los antiguos piratas usaban una técnica propia que consistía en cubrir con pólvora el contorno del dibujo o del nombre que se querían tatuar. Luego, la encendían, y las partículas que con la explosión se incrustaban en la piel grababan sus brazos a fuego. En realidad, la historia del tatuaje está emparentada con la de la navegación, porque es a partir del siglo XVIII cuando esta práctica se difunde en Europa, especialmente entre los hombres de mar, a causa de las exploraciones geográficas a Tahití, realizadas por el navegante inglés James Cook en 1769. En aquella isla del Pacífico, la población contaba con técnicas y elementos para realizarse elaborados dibujos en el cuerpo, una costumbre que llamaban en su lengua *tatau*, derivado de *tau*, que significa 'dibujar'. El término pasaría a la lengua inglesa como *tattoo*.

Otro elemento característico de los piratas, y que ha vuelto a ser una forma de expresión elegida por muchos jóvenes en nuestra época, es el anillado corporal o *piercing*. Se cuenta que los piratas solían colocarse un aro en la oreja cada vez que cruzaban el Ecuador.

Además de cicatrices, tatuajes y aros, en grabados e ilustraciones, muchas veces los piratas aparecen acompañados por una mascota. Se trata generalmente de loros, cacatúas o papagayos. Son aves originarias de los países tropicales a cuyas costas llegaban esos marinos. Estos pájaros pueden domesticarse y, aunque nadie deje de quedar cautivado por los brillantes colores de sus plumajes, no son sólo un adorno. Poseen la capacidad de repetir palabras y frases, por lo cual, cuando encarnan un personaje en los relatos de piratas, pueden jugar un rol importante en la trama al convertirse, por ejemplo, en los encargados de revelar un secreto o de conservarlo.

Y si los loros repiten lo que dicen los piratas, deben imitar también su particular modo de hablar. Para imaginarnos la forma en que se expresaban estos temidos personajes, podemos citar una estrofa de una tradicional canción marinera:

Perdonen mi ruda y extraña forma de hablar,
quizás mi lenguaje no es como el de la gente.
Mi voz está templada al sonido del cañón
que conmueve el mar cuando el combate ha comenzado¹.

No debemos olvidar que los piratas, como hombres de mar, sabían antiguas canciones, baladas y, en especial, unos cantos llamados *shantys*. Estas canciones, que tienen una estructura de diálogo, eran entonadas por los marineros con voz muy fuerte, acentuando una sílaba o una palabra para marcar el ritmo. Los *shantys* musicalizaban y hacían más llevaderos los arduos trabajos que debían realizar en el barco, como marchar alrededor del cabestrante o tirar entre todos de una cuerda para izar las velas.

Además de su música, los piratas tenían otro tesoro, uno más palpable, pero muy fácil de perder. Por lo cual, la información acerca del lugar exacto en el que se hallaba oculto el botín era estrictamente confidencial. Para preservar el secreto, los piratas

¹ "The pirate song". En: www.contemplator.com. (La traducción es nuestra).

utilizaron un método muy antiguo, aunque es el mismo que se emplea actualmente en las redes informáticas para proteger la privacidad del correo electrónico y en las transacciones comerciales en Internet. El proceso de cifrar o de encriptar datos consiste en una operación de cambio de, por ejemplo, las letras del alfabeto por números. El mensaje será decodificado por quien posea la clave o la fórmula que indica cómo descifrarlo.

Estos sofisticados métodos para ocultar información pueden ser utilizados en los textos ficcionales para darle suspenso y consistencia a la trama. Ahora bien, los tesoros escondidos no son exclusivos de las historias de piratas. Los podemos encontrar también en mitos, leyendas y cuentos folclóricos. No siempre consisten en un cofre lleno de monedas de oro; muchas veces, hay algo que el héroe debe alcanzar para lo cual deberá superar una serie de pruebas con dolor y esfuerzo.

Por último, en la forma de mirar y de entender el mundo de los piratas, ocupan un lugar muy especial las supersticiones. Se trata del temor reverente que despiertan cosas desconocidas y misteriosas que, en el caso de los navegantes, se relacionan con los riesgos y los peligros que acechan a los que se internan en el mar. En su “Balada del viejo marinero”, el poeta inglés Coleridge (1772-1834), presentó la importancia de ese tipo de creencias a través del testimonio de un marino a quien la tripulación acusa de provocar una catástrofe por haber matado un albatros:

Algo infernal yo había realizado
que a todos los demás traería desdicha,
porque dijeron que les maté el ave
que hacía soplar la brisa.²

Existen muchas otras supersticiones que habitan el imaginario de los hombres de mar y que pueden determinar su conducta: una moneda de plata debajo del mástil protege al barco de las

² *Poesía inglesa del siglo XIX*. Buenos Aires, CEAL, 1979.

tormentas; nunca debe decirse la palabra *ahogado* durante el viaje; si las ropas que pertenecieron a un marinero muerto son utilizadas por otro durante el mismo viaje, la desgracia caerá sobre toda la tripulación; es buena señal que un delfín nade cerca del barco; mirar atrás cuando el barco ha zarpado trae mala suerte, etc. Además, en el ambiente de los hombres de mar abundan los relatos sobre monstruos marinos, barcos fantasma, continentes perdidos y apariciones espectrales.

Breve historia de la piratería en el Caribe

Si entendemos la piratería como el ataque a barcos y a ciudades costeras con el fin de obtener un botín, podemos afirmar que existió desde los inicios de la navegación. Sin embargo, los piratas tal como los hemos caracterizado y como aparecen en la novela que van a leer, pertenecen a una época determinada y a circunstancias políticas y económicas particulares que conviene tener en cuenta.

Debemos considerar también la diferencia entre los términos *pirata*, *bucanero*, *filibustero* y *corsario*. La palabra *pirata* es de origen griego y designa a quien ataca barcos y ciudades para apoderarse de sus riquezas. Los *corsarios* se dedicaban a lo mismo, pero poseían patente de *corso*, es decir, autorización del gobierno de su país para asaltar las embarcaciones de bandera extranjera. El término *bucanero* es de origen francés, deriva de *bucan*, un modo de preparar la carne para llevarla como alimento en los viajes, y empezó a utilizarse en la isla Tortuga, cerca de Haití. Los bucaneros actuaban en forma independiente, sin subordinarse a los monarcas europeos, lo que los diferenciaba de los corsarios que, como dijimos, estaban asociados con los reyes y los nobles de su país. El origen de la palabra *filibustero* es oscuro, pero así se llamaba a los piratas del Mar

de las Antillas durante el siglo xvii. Los términos *filibustero* y *bucanero* pueden usarse como sinónimos, pero sólo para designar a los piratas del Caribe.

Conviene tener presente, entonces, algunos acontecimientos políticos y económicos que determinan el fenómeno histórico de la piratería en las rutas marítimas entre Europa y América desde el siglo xvi hasta principios del xix.

Luego de la llegada de Colón a América, comienza el reparto del nuevo continente entre España y Portugal, avalado por el Tratado de Tordesillas que deja fuera a las otras potencias europeas. El comercio con las colonias del Nuevo Mundo también es un privilegio español, ya que cualquier transacción depende de la Casa de Contratación con sede en Sevilla. A esta tensa situación, se suman los conflictos religiosos entre países católicos y protestantes.

Uno de los primeros asaltos de piratas a barcos españoles ocurre en 1521. En 1621, un grupo de piratas franceses comandados por Jean Fleury obtiene un botín increíble: el tesoro de Moctezuma que Cortés enviaba a su emperador Carlos V. En esa época, en España se empiezan a fabricar magníficos galeones lo suficientemente equipados para impedir un ataque pirata. Estas medidas de seguridad impulsan a los bucaneros franceses, ingleses y holandeses a desarrollar su base de operaciones en el Caribe, en la isla Tortuga, ubicada a unos diez kilómetros de la costa norte de Haití, frente al actual Port de Paix. Desde allí pueden asaltar eficazmente barcos desprevenidos y ciudades indefensas. Ocupan también otras islas de la región, donde conviven.

Hacia mediados del siglo xvi, los corsarios ingleses comienzan a superar a los franceses en los ataques a las naves del imperio español. Si bien fue Enrique VIII de Inglaterra el primer rey que legitimó la actividad al expedir las patentes de corso, es Isabel I quien les ofreció todo el poder político, militar y económico. Es importante tener en cuenta que el modo en que se juzgaba a los corsarios dependía del lugar que ocupaba

el observador. Los mismos piratas que eran brutales ladrones para los atacados podían ser admirados héroes para sus compatriotas. Tal es el caso de Francis Drake, el corsario inglés más famoso del siglo XVI. Éste participó en 1588 en la derrota de la Armada Invencible, que representó el fin del poderío español, la apertura de las rutas marítimas para Inglaterra y Holanda, y el comienzo de la hegemonía comercial inglesa.

A comienzos del siglo XVII, la Compañía Holandesa de las Indias se adueña de posesiones españolas y portuguesas. Mientras tanto, los bucaneros fundan, en Tortuga, la Cofradía de los Hermanos de la Costa. Esta particular asociación funcionó entre 1620 y 1655, y sus normas de convivencia prescribían, entre otras cosas, abandonar los prejuicios de nacionalidad y de religión, y abolían la propiedad individual. Poco después, esas bases de filibusteros instaladas en las islas del Caribe fueron transformándose en posesiones francesas e inglesas. En 1671, el temible corsario inglés Henry Morgan conquista Panamá, una de las principales ciudades del imperio español. Aunque en principio el gobierno inglés lo encarcela por haber violado un tratado de paz firmado con España, al año siguiente, lo nombra gobernador de Jamaica.

Hacia fines del siglo XVII, llega el ocaso de la edad de oro de la piratería americana. Durante el siglo XVIII, la actividad de los corsarios dejará de estar sostenida por los gobiernos de las potencias europeas. La paz de Utrecht, firmada por España, Francia, Inglaterra y Holanda en 1713, establece nuevas pautas para las transacciones comerciales. Pero la actividad de bucaneros y de filibusteros encuentra un nuevo escenario: las colonias inglesas de América del Norte constreñidas por las restricciones comerciales que impone Inglaterra. A principios del siglo XIX, en el marco de los disturbios políticos y militares causados por las guerras de la independencia de Latinoamérica, vuelve a aparecer fugazmente la piratería. Algunas embarcaciones de diferentes banderas que

circulan por el Golfo de México son capturadas por el pirata Luis Aury, a quien poco después desplazaré Juan Lafitte³.

Piratas de novela

Se considera que la primera vez que la piratería americana aparece en la ficción es en el poema heroico *La Dragontea* (1598), del escritor español Lope de Vega (1562-1635). Si bien se trata de una obra de ficción, el protagonista del poema es un personaje histórico: el corsario inglés sir Francis Drake. Escrita en verso, cuenta la última y fatal expedición de Drake, quien en 1596 murió de disentería mientras dirigía un ataque a San Juan de Puerto Rico.

En 1678, se publica en Amsterdam *Bucaneros en América*, del hugonote francés Alex Oexmelin (1645-1707), médico en la flota del pirata Morgan. No es un texto literario, pero tuvo una repercusión increíble. Narra, entre otras cosas, el tremendo saqueo de la ciudad de Maracaibo en 1669.

El primer clásico de la novela de piratas, *Vida, aventuras y peripecias del Capitán Singleton*, fue escrito por el novelista inglés Daniel Defoe (1660-1731), creador también del célebre naufrago Robinson Crusoe.

El fin de la época de oro de la piratería americana, al término del siglo xvii, señala el inicio de su carácter legendario. Los autores de textos literarios comienzan a recrear los personajes del mundo filibustero, guiados ante todo por las necesidades del relato. Así, nace la figura del pirata inglés como un caballero que lucha por la libertad, contra las injustas y crueles autoridades españolas. Un ejemplo de esta idealización es *El corsario*, del poeta romántico inglés Lord Byron (1788-1824). Conrad, su protagonista, es un pirata que opera en el Mediterráneo, pero impulsado por nobles sentimientos y desafiante hasta con la muerte:

³ Para la reconstrucción del contexto histórico se utilizó *Atlas histórico mundial*, de H.Kinder y W.Hilgemann, Madrid, Istmo.



LA ISLA DEL TESORO

ROBERT LOUIS STEVENSON

Traducción de Evelia Romano

TÍTULO ORIGINAL: *The Treasure Island*,
novela publicada por primera vez en 1883.

Para S. L. O.¹

Un caballero americano, según cuyo clásico gusto ha sido diseñada la historia que se narra a continuación, en agradecimiento por tantas deliciosas horas compartidas, con los mejores deseos, le dedica este libro su querido amigo,

El autor.

Para el comprador dubitativo

Si historias o tonadas marineras,
de tormentas y aventuras, calor y frío,
de goletas, islas y abandonados
bucaneros y oro enterrado,
y todas las historias repetidas,
contadas siempre de la misma forma,
pueden complacer, como a mí, en mi juventud,
a los más sabios jóvenes de hoy y ayer...

¡Pues que así sea y comience! Si no,
si el joven estudioso más no ansía,
olvidados sus gustos de otros días,
a Kingston² o al valiente Ballantyne³,
o a Cooper⁴ de los bosques y rompientes:
¡Pues sea también! ¡Y pueda yo,
con todos mis piratas, compartir la fosa
donde ellos y sus creaciones reposan!

¹ Las siglas corresponden a *Samuel Lloyd Osbourne*, hijo de la esposa de Stevenson, con quien el autor dibujó el mapa de la isla del tesoro en torno al cual se generó la historia que cuenta la novela.

² *W. H. Kingston* (1814-1880), prolífico escritor inglés de novelas de aventuras como *Viaje a lo largo de las Amazonas*, muy leído en la época de Stevenson.

³ *R. M. Ballantyne* (1825-1894) fue un escritor escocés de libros de aventuras.

⁴ *J. F. Cooper* (1789-1851), escritor estadounidense. Narró episodios de la vida en la frontera, en novelas como *Los pioneros* o *El último mohicano*.

PARTE I

EL VIEJO PIRATA

Capítulo 1. El viejo lobo de mar en la posada El Almirante Benbow

El juez de paz¹ Trelawney, el doctor Livesey y otros caballeros me rogaron que escribiera todo lo sucedido en la Isla del Tesoro, sin omitir ningún otro detalle que la ubicación geográfica de la isla y esto sólo porque todavía está enterrada allí una parte del tesoro. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 1763 y vuelvo a los tiempos en que mi padre era el dueño de la posada *El Almirante Benbow*, y aquel viejo lobo de mar curtido por el sol, con el rostro marcado por un sablazo, se hospedó por primera vez bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer; lo veo acercarse muy lentamente a la puerta de la posada, seguido por una carretilla en la que cargaba su arcón marino. Era un hombre de piel marrón, alto, fuerte y pesado; una coleta² engrasada sobre los hombros de su mugriento chaquetón azul; sus manos eran toscas, estaban cubiertas de cicatrices y tenían uñas sucias y rotas; el sablazo que cruzaba una de sus mejillas era de un tono

¹ En el original *Squire*. Se trata de un título que implica las funciones del juez de paz, aquel que sin personería jurídica tiene la suficiente autoridad en un pueblo, comarca o comunidad para dirimir litigios e imponer justicia. Esa autoridad viene siempre acompañada de grandes extensiones de tierra y una posición acomodada. El *squire* de la época de Stevenson y de su novela es el equivalente al juez del paz del siglo XIX: un terrateniente con atribuciones jurídicas. (N. de la T.)

² Los piratas solían dejarse una *coleta*, es decir, un mechón largo de cabello en la parte posterior de la cabeza.



blancuzco. Lo recuerdo parado frente a la puerta, mientras miraba a su alrededor, escudriñaba la caleta³ y silbaba bajito. De pronto, comenzó a cantar, con una voz aguda y trémula que parecía haber ensayado y quebrado contra los hierros del cabrestante⁴, aquella antigua canción marinera que tantas veces le oíría después:

Quince hombres sobre el arcón del muerto;
ja, ja, ja, ¡y un botellón de ron!

Golpeó la puerta con su bastón, que parecía un espeque⁵ de artillero. Cuando mi padre le abrió, sin ninguna cortesía le pidió que le sirviese un vaso de ron. Cuando se lo alcanzó, lo bebió muy despacio, como si fuera un catador, paladeando cada sorbo, sin dejar de mirar a su alrededor, hacia los acantilados y, de vez en cuando, hacia el letrero de la posada, que estaba colgado sobre la puerta. Después de un rato, dijo:

—Es una ensenada estupenda; la posada está bien ubicada. ¿Muchos clientes, jefe?

Mi padre le respondió que no, que lamentablemente eran muy pocos.

—Muy bien —dijo él—; entonces, éste es el atracadero para mí. ¡Eh, muchacho! —gritó dirigiéndose al que arrastraba la carretilla—. Trae el arcón y ayuda a subirlo. Me quedaré aquí un tiempo.

Luego, volviéndose a mi padre, continuó:

—Soy un hombre simple; huevos con panceta, ron y aquel peñón para ver pasar los barcos, con eso me basta. ¿Que cómo

³ Se llama *caleta* a una pequeña hendidura en la costa.

⁴ El *cabrestante* es un dispositivo mecánico que integra el equipamiento náutico. Es impulsado manualmente y se utiliza para levantar y desplazar grandes cargas. Consiste en un rodillo giratorio, alrededor del cual se enrolla un cable que permite mover la carga sujeta en su otro extremo. Posee unas barras cruzadas en la parte superior del cilindro giratorio que permiten aplicar la fuerza necesaria.

⁵ Un *espeque* es una palanca recta de madera.

me llamo? Puede llamarme “capitán”. Oh, ya veo lo que quiere... Tome —y arrojó sobre el umbral tres o cuatro monedas de oro—. Avíseme cuando se hayan acabado y necesite más —le dijo con el tono implacable propio de un comandante.

En realidad, a pesar de su conducta grosera y del aspecto miserable de sus ropas, el recién llegado no parecía un simple marinero, sino un oficial o un capitán acostumbrado a ser obedecido o, de lo contrario, a castigar. El muchacho de la carretilla nos dijo que la diligencia había dejado al viejo lobo de mar la mañana anterior en otra posada, la *Royal George*, no muy lejos de la nuestra, y que había estado averiguando sobre las posadas que había a lo largo de la costa. Supongo que le habrán hablado bien de la nuestra y, como estaba en un lugar solitario, la eligió. Eso fue todo lo que pudimos averiguar sobre nuestro huésped.

Era un hombre acostumbrado al silencio. Durante el día, recorría la ensenada o paseaba por los acantilados con un catalejo⁶ de bronce bajo el brazo; al anochecer, se sentaba en un rincón de la sala, junto al fuego, bebiendo una mezcla muy fuerte de ron con agua. En general, no respondía cuando le hablaban; sólo levantaba la vista de improviso, arrojaba una mirada feroz y resollaba por la nariz con la intensidad de un cuerno marino. Tanto nosotros como la gente que solía visitar la posada pronto aprendimos a dejarlo en paz. Todos los días, cuando volvía de su paseo, preguntaba si habíamos visto pasar por el camino a algún marinero. Al principio, pensamos que extrañaba la compañía de los de su clase y por eso preguntaba, pero luego comenzamos a entender que, en realidad, lo que deseaba era evitarlos. Cuando un marinero venía a quedarse en *El Almirante Benbow* —como a veces lo hacían los que iban a Bristol por el camino de la costa—, lo espiaba antes de entrar en la sala a través de las cortinas y, en esas ocasiones, era tan silencioso como un ratón. Para mí, al menos, no había

⁶ El *catalejo* es un instrumento óptico tubular que utilizan los marinos para ver a larga distancia.



nada de misterioso en su conducta ya que yo, en cierta forma, compartía los motivos de su alarma. Un día, me llamó aparte y me prometió que me daría una moneda de cuatro peniques⁷ el primer día de cada mes si simplemente mantenía “los ojos bien abiertos” y le hacía saber si aparecía “un marinero con una sola pierna”. Muchas veces, cuando llegaba el primero de mes y me presentaba a cobrar lo pactado, el viejo sólo lanzaba un resuello por la nariz y me miraba fijamente. Sin embargo, antes de que la semana terminara, lo pensaba mejor, me traía mi moneda de cuatro peniques y me repetía la orden de vigilar si aparecía “un marinero con una sola pierna”.

No necesito decirles cómo ese personaje agitaba mis sueños. En noches tormentosas, cuando el viento sacudía cada rincón de la casa y la marea rugía en la caleta y contra los acantilados, lo veía aparecer de mil maneras, con mil expresiones diabólicas distintas. A veces, tenía la pierna cortada a la altura de la rodilla y, a veces, desde la cadera; en otras ocasiones, era una criatura monstruosa que nunca había tenido más que una pierna, que le nacía en la mitad del cuerpo. Verlo saltar, correr y perseguirme esquivando arbustos y zanjas era la peor de las pesadillas. En definitiva, esos abominables productos de mi imaginación me hacían pagar bien caro la moneda de cuatro peniques que recibía todos los meses.

Aunque yo estaba aterrorizado por la idea del marinero con una sola pierna, le temía al capitán mucho menos que cualquier otro que lo conociese. Algunas noches, tomaba mucho más ron con agua que lo que su cabeza podía tolerar. A veces, en esas ocasiones, se sentaba a cantar sus perversas, antiguas y salvajes canciones marineras sin prestar atención a nadie. Sin embargo, en otros momentos invitaba con un trago a todos los presentes y los obligaba a escuchar sus terribles historias o a corear sus canciones. Muchas veces sentí que la casa se sacudía con el *Ja*,

⁷ El *penique* es una moneda inglesa de cobre, que equivale a la centésima parte de una libra.

ja, ja, ¡y un botellón de ron! que todos los presentes entonaban por miedo a perder la vida porque, en esas circunstancias, era el hombre más dictatorial que se haya visto; solía dar un puñetazo en la mesa para imponer silencio o se enfurecía tanto si le preguntaban algo como si no le preguntaban nada, pues sospechaba que la audiencia no estaba interesada en la historia. No permitía que nadie se fuera de la posada antes de que el alcohol le diera sueño y se retirara tambaleándose a su cuarto.

Sus relatos eran lo que más aterrizzaba a la gente. Contaba historias horribles sobre ahorcados, sobre personas condenadas a saltar al mar desde el tablón, sobre terribles tempestades en alta mar o en las islas Tortugas, o sobre salvajes hazañas en extraños lugares de la América española. A juzgar por sus narraciones, debe de haber vivido entre los peores maleantes que Dios haya puesto a la mar; el lenguaje soez⁸ con que narra-ba sus historias escandalizaba a los sencillos campesinos tanto como los crímenes que describía. Mi padre siempre comentaba que ese hombre iba a ser la ruina de la posada porque la gente dejaría de ir, harta de que se la humillara y se la obligase a ir a dormir temblando de miedo. De todos modos, yo creo que su presencia nos benefició. Es cierto que asustaba a los parroquianos, pero ellos encontraban cierto deleite en sus actitudes y en sus historias. Era un entretenimiento en medio de nuestra apacible vida rural. Algunos jóvenes, incluso, decían admirarlo y afirmaban que era un *verdadero lobo de mar, un capitán de pura cepa* y cosas por el estilo, o sugerían que a los hombres de su clase le debía Inglaterra su enorme poder marítimo.

En cierto sentido, era verdad que se proponía arruinarnos pues se empeñó en quedarse semana tras semana, mes tras mes, aun cuando todo su dinero se había agotado hacía tiempo y mi padre no se animaba a pedirle que pagara su deuda. Cuando se

⁸ Durante la novela aparecerá varias veces esta caracterización del lenguaje de los piratas como escandaloso e inconveniente.



atreví a insinuárselo, el capitán resoplaba por su nariz de tal modo que bien podría decirse que rugía, y miraba a mi padre obligándolo a irse. He visto cómo el pobre se estrujaba las manos después de aquellos encuentros y estoy seguro de que el terror y la angustia con que vivía aquella época deben de haber precipitado su temprana y desgraciada muerte.

Durante todo el período que el capitán vivió con nosotros, no hizo un solo cambio en su vestimenta, a excepción de unas medias que le compró a un mercader ambulante. El ala de su sombrero se rompió, y él la dejó colgar aunque debía resultarle muy incómodo cuando soplaba el viento. Recuerdo la apariencia de su chaquetón, que remendaba él mismo en su cuarto y que, al final, no era sino puro remiendo. Nunca escribió ni recibió una carta, nunca habló con nadie más que con la gente de la posada y, en general, sólo cuando estaba borracho. Ninguno de nosotros había visto abierto su gran arcón.

Sólo una vez vi contrariado al capitán, y eso fue hacia el final, cuando mi padre ya estaba muy enfermo. El doctor Livesey había venido más tarde que lo acostumbrado a ver a su paciente y, luego de comer algo que le ofreció mi madre, fue a la sala a fumar su pipa mientras esperaba que le trajesen su caballo desde la aldea ya que nosotros no teníamos establos en la vieja Benbow. Lo seguí hasta la sala y recuerdo que observé el contraste entre el acicalado e impecable doctor, con sus cabellos empolvados tan blancos como la nieve, sus brillantes ojos negros y sus modales gentiles, y los campesinos brutos y, sobre todo, con el sucio, pesado y misterioso espantapájaros que era nuestro pirata, lleno de ron, con sus brazos sobre la mesa. De pronto, él, el capitán, comenzó a cantar su eterna canción:

Quince hombres sobre el arcón del muerto;
ja, ja, ja, ¡y un botellón de ron!
El alcohol y el demonio se habían encargado del resto;
ja, ja, ja, ¡y un botellón de ron!

ÍNDICE

Literatura para la nueva escuela	5
Puertas de acceso.	7
Todos los piratas tienen...	9
Breve historia de la piratería en el Caribe	12
Piratas de novela.	15
La isla del tesoro.	17
La obra: La isla del tesoro.	19
Dedicatoria.	20
Parte I El viejo pirata	21
Capítulo 1 El viejo lobo de mar en la posada <i>Almirante Benbow</i>	21
Capítulo 2 Perro Negro aparece y desaparece	28
Capítulo 3 La mancha negra	35
Capítulo 4 El arcón marino	43
Capítulo 5 El final del ciego.	50
Capítulo 6 Los papeles del capitán	56
Parte II El cocinero de a bordo.	65
Capítulo 7 Mi ida a Bristol.	65
Capítulo 8 En la taberna <i>El Catalejo</i>	71
Capítulo 9 Pólvora y armas	77
Capítulo 10 La travesía.	84
Capítulo 11 Lo que escuché en el barril de manzanas.	90
Capítulo 12 Consejo de guerra.	98
Parte III Mi aventura en la isla.	105
Capítulo 13 El comienzo de mi aventura en tierra	105
Capítulo 14 El primer golpe.	112
Capítulo 15 El hombre de la isla	117

Parte IV La estacada	127
Capítulo 16 Cómo el barco fue abandonado (El Dr. continúa el relato)	127
Capítulo 17 El último viaje del bote auxiliar (El Dr. continúa el relato)	132
Capítulo 18 Final del primer día de pelea (El Dr. continúa el relato)	137
Capítulo 19 La guarnición en la estacada (Jim Hawkins retoma el relato)	143
Capítulo 20 La embajada de Silver	150
Capítulo 21 El ataque	156
Parte V Mi aventura en el mar	165
Capítulo 22 Cómo comencé mi aventura en el mar	165
Capítulo 23 Fin del reflujo	171
Capítulo 24 La travesía de la barca	177
Capítulo 25 Yo arrío la Jolly Roger	184
Capítulo 26 Israel Hands	189
Capítulo 27 Piezas de a ocho	198
Parte VI El capitán Silver	207
Capítulo 28 El campamento enemigo	207
Capítulo 29 Otra vez la mancha negra	215
Capítulo 30 Bajo libertad condicional	223
Capítulo 31 La búsqueda del tesoro. La pista de Flint	231
Capítulo 32 La búsqueda del tesoro. La voz entre los árboles	238
Capítulo 33 La caída de un cabecilla	245
Capítulo 34 El final	252
Manos a la obra	261
Guía para cartógrafos	263
Yo quiero ser lexicógrafo	265

Buscados	265
Sin aliento	266
Personajes al diván	266
Un lugar en el barco	267
Oculto en el nombre	267
Ultraconfidencial	268
El sutil encanto de la ambigüedad	269
Piratas líricos	272
Cuarto de herramientas	275
Robert Louis Stevenson	277
Piratas, corsarios y filibusteros	280
Stevenson ilustrado	281
<i>Carta de R. L. Stevenson para un joven que quiere ser artista</i>	282
Piratas legendarios	284
<i>Diario de un cirujano de abordó</i>	286
La navegación y sus instrumentos	288
La temible Hermandad de la Costa	290
Los piratas	291
Piratas en pantalla	292
<i>El precursor velado: R. L. Stevenson en la obra de Borges</i>	294
Bibliografía	296